



Crónica Literaria

Por ALONSO

LA CASA CONTIGUA (NOVELA)

Por Erich Kästner (Córbe, 1886).

El argumento de esta novela, si de novela puede llamarse y de argumento, se reduce a lo siguiente: un convento de frailes y una casa de divorciados viven separados por una pared donde crece un rosal, pero unidos por un fichero que va de uno en otro, repartiendo su fecho con la misma equanimidad que el amor sus penas.

Esto es que pensar a uno de los frailes.

Tanto que, después de observar y registrar (admirablemente, extrínsecamente) a sus hermanos en religión, buscados con ellos un contacto espiritual que no encuentran, se pasa, animado de igual propósito, a la casa contigua, que tampoco le proporciona el objeto de sus afanes.

Sólo dos de las numerosas personas que gozan de nombre propio, Francisco, el fraile meditabundo e ingenuo y Ana, una de las pensionistas, solistas del convento.

Perdón: olvidaba, entre los primeros, a los hermanos Rómulo y Anselmo y, en, tre los segundos, a una tal Alita, también debidamente bautizados sin apellido.

Dos compañías enteramente nuevas y algo festivamente de enemigos del diálogo. Ninguno habla.

El drama? La incapacidad de Francisco, su soledad interior, el anhelo de hallar un eco, una ayuda, alguien capaz de oírle y responderle.

Pero estaría equivocado quien creyera, por estos datos próximos, tener una imagen siquiera aproximada de la obra, una de las más raras que hayamos leído jamás y, sin duda, la más original, digna, por su forma y contenido de las mejores novelas, en las que vívidamente se han variado un término de comparación.

Desde luego (¿qué duda!) Pero (¿qué duda?)

Una pena que se diga la caricatura del lenguaje hablado y silencioso de ciertos profesores de estética aficionados a la jerga metafísica, frase enrevesada, cheque de expresiones altas y bajas, un empujamiento de construcciones que, de pronto, hacen cuallar una, fácilmente la caricatura, pero que pero a poco, no se sabe cómo, va apoderándose del interés y descubriendo, bajo esa trahada retórica, una sensibilidad fina, honesta, una agudísima observación y hallazgo respaldados que surgen de la profundidad obscura otra personalidad a la que no se le halla, de pronto, filosofía, pero que va montando e insinuando progresivamente, hasta que, por fin, aflora la superficie y saca a luz una riqueza inconfundible, un maestro sobrio y una palabra esca, modesto Prosa.

Erich Kästner procede de Muriel Prosa como el hijo del padre. Un hijo extraviado y peregrino, de humano menor, al estado barbaque, medio variegado que dentro del caso, pero de mínima fina, algo no sujeto a organización, como oyente en palabras, no por eso, a veces, menos penetrante y hasta seductor, avanzando extrínsecamente de las letras y sociedades.

Nada sabemos si hace falta averiguarlo quién es el tal Francisco, su origen, su formación, su cultura e intelectual. Es un ser humano con hábito religioso. Temblor la ignorancia total de Ana, fuera de su oficio, por lo demás efímero con

la mayor decencia, con una especie de compostura bastante extraña, como extraña resultó siempre la religiosidad del fraile, uno y otra recibiendo por la distancia imposible del estilo, del modo, de la actitud que ante ellos observan al verdadero personaje de la obra y el más imposible de todos el autor.

Una se pregunta constantemente quién será éste, especie de Violeta Quevedo flotante y capaz de simularse, de, variaciones, oscilando entre la ingenuidad y la malicia, primitiva, refinada, dulce, indolentemente desada de la más preciosa cualidad novelística, la de retratar a un tipo en forma ligera y profunda, en unos cuantos líneas abstractos, sencillos.

Vamos algunos de esos tipos.

El hermano Rómulo es el carpintero del convento. Vedregoso y bonachón, habla un inglés escuro de terratenientes, martillos, serruchos y garitos, cuyo estrépito lo vuelve sordo... "...Aún cuando a veces dejaba de amarar al hermano Rómulo los ruidos formidables de su taller, devorados ahora gigantesco el hermano Anselmo, aludidos abstracción traslucidos serenos para llegar a él. Guardaba las proporciones, en este aspecto el caso sería era casi un filósofo, ya, ya fuese asomado del trabajo se imponía que insidioso ráfaga de armonía continuaba asistiendo del arte, o un acor que halla en el silencio impone en, tre el mismo y sus pensamientos, los refijos transformados de pasadas pifia o eventos. Y pasa a no ser un frágil distante de corpulencia valla tan notorio como los anteriores, hablaba, por cierto para incomunicar al hermano Rómulo con eficacia casi mística. Cada vez que Francisco trataba, pasa, de aborrecer al cuerpo de sus idénticos, se encontraba con que todavía completamente se llevaba verbalidad la esc, desde atmósfera de quietud".

Ya bien recordando los hechos de Prosa en estas composiciones retóricas las huellas del maestro, su riguroso imaginativo, sus abstracciones peripetéticas y la densidad del ambiente imaginario.

Pensando que tal vez en un colá por día aborrecido finalmente, Francisco valla en ella a Rómulo, pero la decepción es total y ahora definitiva. A la hora de meditar, lo halla dormitante... "Y así cuando lo despertara de inmediato, se oíría el peso y le parecería vagamente, todo era no le había a Francisco llegar a una desgraciada certeza... Algo en él vibraba conjugar con la circun, dando así con sus materiales de carpintería y en medio de los objetos devotos, se lo veía, por, silenciosamente grato, reduciendo, respecto de datos a una ingenuidad que podría sero una dignidad mientras sus dedos así. Y en no de insidioso las veces que podría se, debía incorporarse somnolientos, antes que las gotas y mover con beatitud".

Después el carpintero toma, por día el tocar babilónico. A esto lo aborrecía la lección. Ana un libro delante, el hermano Anselmo encierra la actitud del fraile, parece casi un invisible arte. "Inmóvil en confusa lección, el gesto de hacerle —pág. 30— concluyó silenciosamente entre todos sus ruidos, él, los estaban asomados en un duro bloque, callado, adusto, meditabundo e ingenuo. En suma, el hermano Anselmo se había vuelto igual a su trabajo y éste lo perseguía hasta el margen de sus libros, aterando en su aspecto como reflejo

de intenciones que, de hecho, podrían haber sufrido dentro de el largo tiempo atrás". Algunas dos páginas felices que así como se poder copiar, por su extensión, para dar espacio al final de la novela, como último rasgo es una simple maravilla: "Desde el umbral, Francisco comprendió entonces que el convento había terminado, a más bien, que al en ese momento al en otro alguno tendría alguna creencia de empezar. Para se le había revelado al último que el peso lino y concluido que esperaba... aun, en cristianismo, que dicho peso, hacia a muchos otros de que se le esperaba, repartir, permanecería lino hasta el fin en una respuesta rápida y que todo cuanto podría darle era desde ya la eterna refutación de el así mismo, en esta extraordinaria claro con que, clavado en una silla, escuchaba laboriosamente la nada".

Después del hermano carpintero, lección y estrechoso, del hermano bibliotecario, ocupado entre sus libros, ambos final, mente impresionables, completa el tríptico el único fraile hermano de la comunidad, el Padre Superior, Francisco desde aborrecer. Le resulta aun más difícil que los otros, aunque en diferente forma. "Totalmente nuevo —pág. 34— mientras esperaba salir al patio, porciones lapidarias habían servido para impresionar, y pasa a ser ellos en el silencio, la frecuencia de cómo con que se repetían él, se repugnaban a pararse. A medida de acurcia, entre otros contrarios, que, al momento de querer el encontrar la aproximación, al padre superior lo obliga de pronto una puerta abierta, la cual, sin necesidad por eso se resaca, antes de irse a Francisco de los beneficios de día con silencio simple y bre, se, sola productiva, silenciosa, el caso opuesto cuando, por obra de un raro repentino de día, el extraño personaje se le aparece, no se oíría en silencio, sino, se oíría en silencio, escuchando en medio de un resplandor desahogado que invariablemente, le descubría devoluciones capá mantención al trabajo el que se la esperaba en silencio tan así, dos. O bien, la venta finalmente un silencio de silencio que, escuchando de cuál, quer verosísimo de las galerías, rodeaba al padre superior y confuso silencio era presencia. Entre tres una fronda, maraba hecha de silencio de silencio, frondoso de agua y silencio frío de mucha piel mortificada. Ana, condescendían el silencio de un modo u otro, su alarzo en Francisco no era derivación inmediata de las difusas situaciones en que se le manifestaba. Viniera como puerta vana, empobreciendo rayo tan, vana o apretada como juncos, tal lago, silencio, en cuanto a su representación sobre silencio, silencio, silencio siempre de sus elementos vana, tal el que hacen del todo incoherentes para transparentar. No incoherentes mucho, por consiguiente, las diferentes formas en que se oíría en la oficina Francisco, acor por la distancia de sus formas con la resistencia que captaban, marca las había integrado a la historia de sus devoluciones".

¿Cuándo, cómo y por qué pasó Francisco del monasterio al hospital? ¿Cómo se comporta en él? ¿Qué va, qué escucha, qué, qué descubre? En la que esperamos y vale la pena esperar en otra ocasión.

Fin del No. 4, diciembre de 1968.

La casa contigua ¿novela? [artículo] Alone.

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La casa contigua ¿novela? [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile